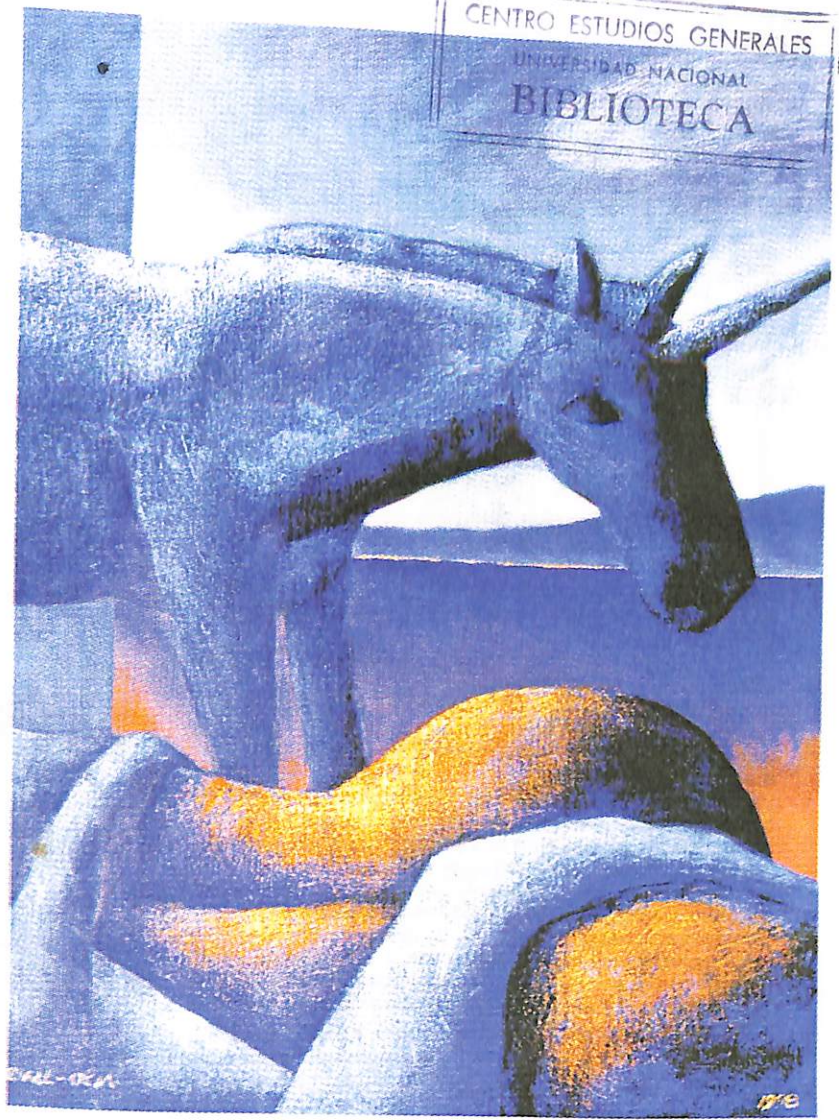


CENTRO ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
BIBLIOTECA



TÓPICOS DEL HUMANISMO

Junio del 2002

Nº 83



HUMANIDADES Y REALIDAD NACIONAL. PERO CUANDO DECIMOS HUMANIDADES, ¿DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO?

Ricardo Pazos M.

Yo creo sinceramente que en América Latina, sobre todo en nuestras universidades de hoy, continuar hablando de las humanidades, de los estudios humanísticos y de las Facultades de Humanidades, en el sentido en que estas se estructuraron posterior al Renacimiento europeo ya de cara a la Ilustración y del posterior Positivismo, para luego insertarse en la visión napoleónica de las universidades, es perder el tiempo, sobre todo si nos empeñamos en hacerlo en aras de defender aquella racionalidad ya no originaria, y que si bien tuvo su razón de ser durante un largo período de la historia, ya hoy en día nos dice muy poco, y en el mejor de los casos solo nos muestra un aspecto de la realidad humana: la racionalidad.

Una racionalidad al fin y al cabo importada, que no es parte estructural de nuestra identidad latinoamericana, y que, además, nunca lo fue verdaderamente porque no supimos adecuarla o insertarla bien en el corazón de lo nuestro. Aquella extraordinaria racionalidad del Renacimiento que proclamó una vuelta a lo clásico, a lo fundamental de lo griego y de lo latino —cuando se iniciaron realmente las humanidades porque así lo exigieron los tiempos— ya hoy se nos volvió mero concepto, se nos convirtió en simple asignatura, se transformó en currículum estanco y unidimensional, o en planes de estudios estereotipados para satisfacer el neoliberalismo regional, y lo que es peor, en materias de deshecho porque no son competitivas ni rentables en el nuevo mundo del mercado del siglo XXI.

Hemos llegado a creer que las humanidades son solamente asignaturas, y que para colmo, estas no están a la altura de los tiempos porque no encajan dentro de la amplia gama de profesiones técnicas, también vistas como conjunto de meras asignaturas.

Pero, a qué racionalidad ya convertida en mero concepto y a qué concepto hecho currículum me refiero, se preguntan ustedes tal vez un poco sorprendidos. Lo explicaré de manera muy sencilla y a lo mejor un poco inusual. Me refiero a la racionalidad que se olvidó que antes de llegar a ser concepto fue percepto. Es decir, y permítaseme la irreverencia del ejemplo, a una racionalidad similar a la de un poco de sal, que antes de poder llamarse sal al nivel del logos, fue mero sabor, mera impresión gustativa a nivel de la realidad primordial, y a esa misma sal que hasta después pudo llamársele cloruro de sodio, pero que se olvidó que primero fue el sabor, el sentirla como mera impresión en la lengua. Las humanidades, perdieron su sentido originario y se convirtieron —porque caímos en la trampa que fragua siempre la historia cuando esta no es exactamente nuestra y nos la imponen desde Europa o Norteamérica, tal es el caso de la Ilustración y el Positivismo— en lo que ahora no saben qué hacer con ellas las Facultades de Humanidades de las más prestigiadas universidades de América Latina.

Decíamos que el talante y el sentido de las humanidades se convirtieron en mero currículum académico porque también nos olvidamos que todo currículum para que sea realmente válido en el plano educativo y por lo tanto vital, debe de contener globalmente los grandes componentes del ser humano en tanto que sean necesidades que requieran auténticas respuestas, y en este sentido, el currículum fundamental, en un proceso educativo moderno y latinoamericano, somos nosotros en el seno y desgarrar mismo de nuestra cultura.

Nosotros somos, vistas así las cosas, los que hacemos el currículum y no a la inversa, como se ha llegado a creer en nuestras universidades de hoy por no querer estas, por complejos, asumir nuestra cultura desde adentro. Hemos querido imponerle el currículum a la cultura y no nuestra cultura al currículum.

No es el currículum el que en definitiva nos hace. Somos nosotros quienes hacemos el currículum porque el currículum somos nosotros mismos. El currículum se nos impone desde fuera cuando debiera surgir desde dentro. La educación-formación es un proceso de dentro hacia fuera y de fuera hacia adentro, pero siempre siendo el ser interno el origen y fin del mismo.

Muchas Facultades de Humanidades en América Latina están deslumbradas por lo que llaman la competitividad en el mercado de trabajo y creen realmente que este es el gran ganador, sin darse cuenta que en el intríngulis de todo esto está, a mediano plazo, incubándose la gran derrota, y cuyo padre son las universidades al no decidirse a ser lo que somos queriendo continuar apeándonos a modelos de racionalidad europeos y norteamericanos que no son propios y que nunca en el pasado se hicieron realmente nuestros. Solo queríamos competir bien en el mercado a partir de los años setenta, que es cuando, creo yo, aparece el embrión de la crisis en la humanidad de las humanidades.

Recordemos, muy a grandes rasgos y sin entrar en ninguno de los detalles, porque ustedes ya bien los saben, fueron muchos los cambios producidos por la formación, en aquellos años, del Mercado Común Europeo, del Mercado Común Centroamericano y de la Alianza para el Progreso. Para lograr algún éxito ante esos cambios que se operaban vertiginosamente a nivel mundial y regional, la pequeña Centro América, para no mencionar más que a ella, no podía estar ausente, ya que nuestros países necesitaban modernizar sus estructuras de producción y dar un nuevo impulso a las clases medias y a la pujante burguesía nacional, sobre todo en los sectores industriales y financieros.

Para eso hacían falta cuadros profesionales a la altura de los tiempos. Esos cuadros solo podía formarlos la Universidad. Todo ello respondía a un modelo político global que lanzaba a nuestra región a una nueva etapa de su historia y que abarcaba aparentemente todos los ámbitos de la vida nacional. Pero en esa apariencia se fue tramando la trampa. Trampa de la que debemos salir hoy.

Hoy ese modelo parece haberse agotado. Los resultados humanos son el más acertado de los indicios. Con fuegos de artificio y celebraciones en el mundo entero, hemos ya entrado, desde hace menos de tres meses, a un nuevo siglo, que es la puerta de un nuevo milenio. Las nuevas preguntas se imponen. La realidad está esperando para ser transformada.

Solo a manera de una breve digresión irreverente permítanme recordar —aunque muchos traten de olvidarla y silenciarla— la concepción que tenían los náhuatl de las

“humanidades”. Su concepción era conocida como “Flor y Canto”, y en un momento dado de su evolución histórica, los náhuatl llegaron a considerar que la estricta racionalidad de su filosofía y teología no se adecuaba a las nuevas exigencias de los tiempos. Se dieron cuenta que la clásica vía de la adecuación lógica racional no podía decir lo que estaba oculto entre las cosas de la vida y en ellos mismos —“lo que nos sobrepasa”, decían—. Comenzaron entonces a afirmar que yendo, metafóricamente, por la poesía —las humanidades de ese entonces— podrían alcanzar lo verdadero, es decir, una vida con conducta adecuada y altos niveles de eficiencia en los retos de la existencia. Los “Tlaminines”, posiblemente los decanos de humanidades de ese tiempo, se dieron cuenta que estaban olvidando su realidad y por eso volvieron a ella.

Pero yo no deseo entrar ahora a un intrincado despliegue de ideas, conceptos, razones y juicios, propuestas de planes de estudio, contenidos de asignaturas sobre todo en un ambiente poético social en donde eso que llamamos humanidades clásicas ya no es rentable y con casi toda la razón para aquellos que se han encargado de que así sea. Pero de esto nos ocuparemos más adelante, se los prometo.

Por ahora permítanme hablar de algo más sencillo, pero paradójicamente más complejo, es decir, del otro lado de la realidad, ya no de la simple racionalidad con olor a clasicismo, sino que de la voluntad y del sentir, de la afectividad, de la creatividad y del soñar con sabor a lo que los ilustrados y positivistas no quisieron palpar, es decir, sobre la integralidad de las humanidades para ver si esto tiene alguna razón de ser en nuestras facultades en general y no necesariamente solo en las de humanidades. Pero quisiera hacerlo de una manera anecdótica, contándoles, a muy grandes rasgos, algunos jalones de mi vida universitaria, en tanto que estudiante, a fin de poder responder la pregunta que nos hacíamos al comienzo: ¿De qué humanidades estamos hablando?

Recuerdo que cuando ingresé a la Facultad de Humanidades de la UCA, hace ya mucho tiempo, traía a cuestas mi profesión de agrónomo. Venía con el ímpetu de la tierra y con el orgullo de sus técnicas en las entrañas. Era como un pájaro extraño que añoraba secretos y deseaba posarse en las artes y las letras, en la filosofía y en la historia.

Las llamadas asignaturas, no voy a negarlo, ejercieron en mí una fascinación sin precedentes. Pero mis remembranzas no se alimentan hoy de ellas.

No olvido que cuando apenas cursaba el segundo año de aquella carrera humanística de cinco, nuestro gran poeta, q.e.p.d., Ángel Martínez Baigorri S.J., me dijo un buen día de topetazo y en uno de los pasillos de la Universidad, que me hiciera cargo temporalmente de la clase de estética, ya que él estaba realmente muy mal de salud. Ya se presagiaba desde aquel entonces su muerte próxima. Este insólito encargo se repitió varias veces, y ni yo ni mis compañeros salíamos de nuestro asombro al notar cómo hacíamos nuestro el garbo, la garra y el talante, no de los contenidos de la asignatura, que no estaban a nuestro alcance, sino de la índole de esta y de lo que significaba el hecho ético en el corazón mismo de lo estético, de haber comenzado todos nosotros a ser educadores mientras nos educábamos. El maestro —el poeta— sembraba de esta manera una impronta que algún día germinaría.

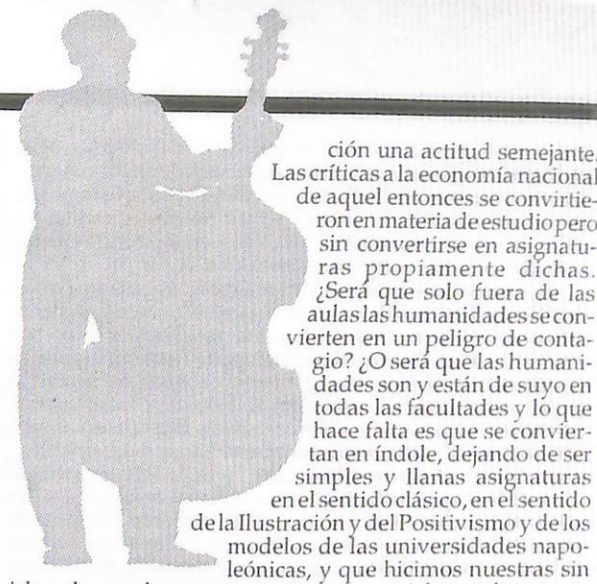
En otra ocasión, ya cursando mi tercer año, el querido profesor español, q.e.p.d., Dr. Romano García, decidió olímpicamente recomendar que me hiciera cargo de la Cátedra de Filosofía en el Seminario Nacional Interdiocesano. ¡Mi primera reacción fue el horror! ¿Qué sabía yo, y qué contenidos de asignaturas impartiría ante los futuros sacerdotes de este país? ¿Qué les diría yo a un grupo de jóvenes ya desde ese entonces rebeldes y llamados a ser ciudadanos importantes en Nicaragua? No fueron exactamente contenidos los que pude brindarles, sino que más bien la actitud de aprender con ellos y la solidaridad en lo que desconocíamos ambos. Aprendí a “poner el rostro”, como diría San Ignacio de Loyola. Al menos esta sería mi interpretación tropical y contemporánea de esa duodécima regla ignaciana para la “Discreción del Espíritu”.

Un buen día, el aquel entonces padre Juan B. Arrien S.J., estando yo apenas en segundo año, si mi memoria no me traiciona, me instó de pronto a organizar y a escribir la bibliografía de un libro de filosofía que ya él tenía preparado como futuro texto para toda la universidad. ¿Qué podía saber yo sobre una compleja bibliografía para un libro de texto universitario? Solo sé ahora que de aquello recogí la audacia, la inventiva y el reto, también fuera del aula. También participaron estudiantes de otras carreras.

¿Qué nos motivaba a reunirnos en los pasillos, o a la orilla de la fuente, con los estudiantes de derecho y de administración, con los de veterinaria y de ingeniería, para planificar y llevar a cabo pequeñas obras de teatro o discusiones políticas propias de aquellos tiempos en que la principal asignatura —como decía incansable Juan B. Arrien— era la Realidad Nacional?

Nos reuníamos a representar la realidad nacional. Asumíamos nuestro país y nos reíamos de él y lo llorábamos también. Si a un país no se le llora y no se le rie desde la universidad no se le asume. Pudiera haber sido que en esos tiempos nosotros éramos el currículum. A lo mejor la cultura que buscábamos en las asignaturas y en los planes de estudios nos era inculcada fuera de las aulas, en los pasillos, en la fuente de agua, en los recreos, en las tertulias. La llevábamos con nosotros. Eso siempre se lleva dentro y dependerá del modelo educativo para que viva o no.

En otra ocasión, el Dr. Eduardo Zepeda Enríquez, catedrático de literatura, me obligó, fuera de curso, y con el fin de que reconociera mi indisciplina y mi falta de rigor en las críticas que hacía, a que elaborara un trabajo que debería llevar por título “El Arauco Domado”, a fin de ser leído públicamente por mí mismo. ¿Qué quedó de esto? ¿No habrá sido el aprender a amar la verdadera crítica y la autocrítica, también fuera de las aulas? Toda la universidad se enteró del “Nuevo Arauco Domado”. Los futuros economistas y administradores de empresas fueron los más entusiasmados en recoger las noticias sobre este acontecimiento, y al pasar del tiempo, la maestra de maestras, Dra. Consuelo Buitrago, q.e.p.d., promovió en la Facultad de Administra-



ción una actitud semejante. Las críticas a la economía nacional de aquel entonces se convirtieron en materia de estudio pero sin convertirse en asignaturas propiamente dichas. ¿Será que solo fuera de las aulas las humanidades se convierten en un peligro de contagio? ¿O será que las humanidades son y están de suyo en todas las facultades y lo que hace falta es que se conviertan en ídolo, dejando de ser simples y llanas asignaturas en el sentido clásico, en el sentido de la Ilustración y del Positivismo y de los modelos de las universidades napoleónicas, y que hicimos nuestras sin

irlas adecuando a nuestras exigencias sociales, y a las que ya antes nos referimos?

Una vez un arquitecto me dijo que muchas veces los problemas no se resolvían bien por no situarlos en la perspectiva adecuada. A lo mejor el miedo actual a las humanidades implica una cuestión de perspectiva. A lo mejor hoy nos queremos desprender a toda costa de las humanidades porque perdimos la perspectiva. Posiblemente perdimos la perspectiva de lo que estas son, ya que nos enredamos, por exceso de “academia”, en una cuestión meramente ontológica. Quisimos jugar con el estático Ser de Parménides, no siendo nosotros griegos. Posiblemente formulamos mal la pregunta. ¿No será más pertinente también preguntarse cómo pueden las humanidades —en su sentido operativo— contribuir a que los jóvenes sean auténticos técnicos y profesionales? Aquí el “sean” sí va en sentido ontológico. Aquí sí queremos, por decirlo de alguna manera, no el “Ser” griego, sino que la conjugación humana del verbo “Ser” desde América Latina.

Conversando el otro día con un economista, durante una de esas charlas interdisciplinarias que debería de promover la docencia, y más aún las Facultades de Humanidades, este me decía que no olvidara que la economía, en definitiva, era la administración adecuada de los recursos escasos, y entonces yo de inmediato le contesté que si no cabría preguntarnos en el ámbito de la educación, si en las universidades no deberíamos de saber atender la escasez intrínseca de nuestros recursos humanos. ¿Qué recursos humanos recibe realmente la universidad?, es decir, ¿qué cultura política social entra a nuestras aulas?, ¿cuál es el país que pasa por las facultades con rostro de jóvenes, jóvenes provenientes de un currículum vital marcado por la escasez y la pobreza, pero entendida esta última en el sentido de cultura integral? Muchas veces en nuestros países esta es mediocre, menguada, ineficaz e improductiva.

Ahora, desde otra perspectiva, permítanme contarles una última anécdota. La nueva perspectiva es la del catedrático que se convierte en un estudiante más entre los estudiantes. Lo explico:

Todos los años, cuando ingresan los nuevos estudiantes, los “bisoños”, como los llamo yo con cariño, se despierta en mí un profundo interés por conocer el mundo que traen dentro, y entonces, durante los primeros días de clases los provoqué a diestra y siniestra para saber qué tienen de suyo y qué pueden dar de sí, más allá de los marcos reglamentarios que impone la universidad.

Como consecuencia de lo anterior me he visto, dichosamente, obligado a convertirme —al menos durante los encuentros con los jóvenes— nuevamente en estudiante para poder pensar con ellos ese mundo que traen dentro y para poder dar cuenta cuáles son sus criterios sobre la dimensión humana y sobre la excelencia, porque ellos quieren reflexionar sobre los grandes temas de la humanidad con la frescura de la juventud, a su manera, y sin los estereotipos de las cátedras convencionales.

Nos reunimos fuera de las aulas una vez a la semana durante dos o tres horas para estudiar filosofía, con la condición de que todos seamos igualmente estudiantes. El profesor como tal desaparece y batalla, al igual que ellos, con los retos de lo que se estudia y sobre lo que se reflexiona. Los estudiantes, para mi sorpresa, han escogido a uno de los pensadores contemporáneos de mayor reciedumbre y dificultad, como lo es el filósofo español Xavier Zubiri, pero que para ellos ha resultado ser no solo sumamente atractivo sino que relativamente fácil.

Estos jóvenes, que no son todos necesariamente de la Facultad de Humanidades de esta universidad, no obtienen con esto calificación alguna. Pero lo que sí obtienen —y sienten orgullo por ello— es la conciencia de sus deficiencias y de sus excelencias. Aprenden con dictado propio a perseguir la excelencia. Saben lo que significa pensar sin necesidad de leer ¿Qué significa pensar?, del difícil filósofo alemán Martin Heidegger. Saben lo que significa pensar nuestras realidades nacionales, desde la filosofía, pero en el ámbito de sus respectivas carreras y desde la reflexión propia.

El entusiasmo de estos jóvenes conoció otros entusiasmos y en breve se concretará un intercambio de experiencias con estudiantes de otras universidades, en concreto con estudiantes de la UAM. El grupo de la UAM tiene más bien intereses literarios, pero ellos mismos dicen que quién dice que la literatura y la filosofía son excluyentes.

Lo que importaría ver en todo esto no sería el vuelo de la belleza y de la verdad libre que contiene este aparente gusto por lo anárquico o informal —como nos diría el maestro Hegel— sino que el aspecto sintomático del talante que viene en los currícula vitales, es decir, ese espacio humano convertido en tierra de nadie y que portan los estudiantes de todas las carreras. Currículum vital que se convierte en tierra de nadie a partir de nuestra formación primaria y que continúa durante la secundaria. Es tierra de nadie en nuestra cultura nacional, desgraciadamente.

¿A qué nos conducen las reflexiones antes esbozadas y qué sentido tendrían las anécdotas contadas?

Yo creo, que en primer lugar, deberían de inducirnos a afirmar sin miedo, que en nombre de la cultura o de una formación humanística, enseñar simplemente literatura contemporánea, o filosofía griega, o historia del Renacimiento, o antropología filosófica a secas, o historia del barroco, o cualquier otra asignatura de los clásicos planes de estudios de las tradicionales Facultades de Humanidades, sería un grave error. Y cuando digo facultades tradicionales hago referencia a las que aún funcionan en muchas de nuestras universidades. Por haberlo estado haciendo así es que las universidades desean, con toda razón, cerrar las Facultades de Humanidades clásicas o que estas dejen de servir las llamadas materias humanísticas clásicas a las otras facultades, por considerarlas superfluas a la formación técnica profesional y por ser inútiles en el mercado de trabajo.

Es urgente saber responder al reto que se le presenta a las humanidades en una sociedad que nos está diciendo a

gritos, que a mayor número de estudiantes egresados de la universidad, no se está correspondiendo un mayor desarrollo y eficiencia en las gestiones globales del país. Estamos, al menos en Nicaragua, ante el rostro de una sociedad no exitosa en su crecimiento económico y en sus rendimientos técnicos, profesionales y humanos.

No es la asignatura humanística clásica la que exige hoy la sociedad, sino la índole y la garra, el talento y el talante de ese clasicismo. Sus contenidos generatrices y no sus formas burocráticas perfiladas solapadamente en los planes y programas. Hoy, a simple manera de ejemplo, no cabría pasar horas enteras a lo largo de todo un cuatrimestre o semestre hablando sobre Shakespeare o Kant o Cervantes o Darío, pero sí sería necesario que el joven del currículum menguado que entra a las aulas pudiera salir capacitado para plantearse —en la práctica ética y axiológica— los grandes problemas de Hamlet, el vivir acorde al talante de una supuesta ética de la Razón Pura, el amar las utopías sociales y políticas de un Quijote o de unos Cantos de Vida y Esperanza, frente a los molinos de viento de lo indo-hispano: la mediocridad ineficiente e improductiva de nuestros países, la incapacidad de gestión empresarial privada y pública, la modorra ante la creación, para no solamente hacer bien las cosas, sino que para mejorarlas o cambiarlas.

¿Cómo, a través de las humanidades, de su índole, de su sentido, de sus reenvíos a esa realidad que nos sobrepasa, como decían los Tlaminine, podrá el estudiante asumir su país, su realidad nacional en el más profundo sentido humano?

¿Cómo aprender a enseñar a asumir el país desde las humanidades?... ese país que yo junto con ellos —los estudiantes— voy a transformar desde mis saberes técnicos y profesionales como agrónomo, arquitecto, abogado o economista, veterinario o administrador o sociólogo, pero sabiendo y experimentando que lo haremos desde una dimensión humana integral. Pero, juntos, porque cada cual por su lado no lo lograría y no valdría la pena ni siquiera emprenderlo, al menos en el campo de la educación.

Creo que asumiendo de una buena vez aquello que desde un comienzo señalábamos: el lado afectivo de los saberes, y no solamente el racional, es decir, el humano a plenitud. El reto, es pues, de pura índole humana. Lo que sucede es que, como todo en esta vida, la palabra humano se ha desgastado tanto con el uso —o mal uso— que hemos perdido su sentido.

Paradójicamente, se nos ha extraviado de tanto marnosearlo.

Asumir el país desde las Humanidades... Menudo problema, pero plétórico de ética, de estética, de historia, pero de historias diversas, de filosofía, es decir, de distintas formas y maneras de asumir la realidad y de pensar la vida para poder amarla... Sin querer entrar en detalles interminables y no pertinentes al día de hoy, solo se me ocurre, por el momento, y para finalizar, hacer unas breves reflexiones sobre eso que solemos llamar historia, y que creo yo, es más para formar que para informar, más para estructurar que para ilustrar.

¿Creen ustedes que los jóvenes que transitan por las universidades podrán asumir su país si desconocen, ya no digamos la historia en su sentido tradicional, sino más bien en el sentido amplio?

Así como en las universidades existen múltiples carreras, es decir, diversas realidades, así también deberían de ser las historias. ¿Por qué vamos a privar a los futuros economistas de la historia de la economía y a los abogados de la historia de la jurisprudencia, al ingeniero y al arquitecto de la historia de los crecimientos rurales y urbanos, al veterinario de la historia del agro y de la ganadería, al administrador de empresas de la historia de nuestras capacidades —o incapacidades— productivas o emprendedoras para la superación de la pobreza? ¿Debemos de privar a los profesionales en general de nuestras historias políticas, sociales, es decir, de nuestra cultura, en su más amplio significado? ¿Tienen las universidades el derecho de privar a los profesionales de la historia? ¿No sería esto una falta grave contra la ética?

La historia no es propiamente una asignatura, es una actitud humana porque el sujeto de la historia son las acciones humanas. Es asumir lo que somos afectivamente. ¿Cómo amar nuestras realidades si no las conocemos o hacemos caso a los que nos dicen que eso es perder el tiempo y que en definitiva son materias que quitan espacio a otras asignaturas de carácter técnico? ¿Creen ustedes que un ingeniero o un economista serán mejores técnicos si ignoran la historia de su propio país? Ya antes decíamos que el número de técnicos y profesionales en nuestros países no ha mejorado realmente los niveles cualitativos de lo humano, es decir, que no se ha menguado nuestra mengalocracia como índole, la mediocridad como credo, el ñoñismo como conducta y la vulgaridad como sistema vital. Y los niveles cuantitativos aún continúan siendo de desgarramiento y a veces de angustiante desesperanza!

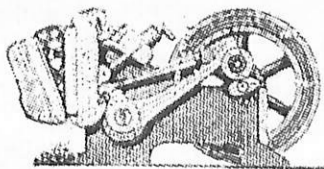
Para terminar, solamente dejemos formuladas las siguientes preguntas: ¿Cómo enseñan las universidades a que el joven asuma su país, es decir, la realidad nacional con que ha de habérselas, en su significado humano?

¿Cómo llegar a comprender la historia contemporánea de nuestros países como hombres integrales, ya que como meros técnicos no hemos hecho más que demostrar que no hemos podido hacerlo?

Que cada uno de ustedes se lleve en el corazón estas preguntas, pero de una manera implacable, y sin olvidar, también sin hacer concesiones, que el éxito o el fracaso, y con ello la existencia misma de las humanidades, depende básicamente, fundamentalmente, de los profesores, de su calidad humana, de su condición de auténticos maestros. A esta preeminencia humana, desde los tiempos de Homero, ustedes lo saben, los griegos la llamaron Areté, es decir, excelencia.

No nos llamemos a engaño. Los profesores que "pondrán el rostro" ante el reto de las humanidades deberán ser los mejores humanistas, pero en el sentido a que aquí hemos hecho referencia. Esta no es una tarea para cualquier catedrático. Solo los poseedores de la Areté y de la energía propia de la Paideia —las fuerzas formadoras del alma— podrán hacerlo. Repito, no nos llamemos a engaño sobre ello, porque podría conducirnos a la frustración.

Las humanidades serán siempre un éxito si se fundan en la calidad académica integral y creatriz de los profesores que transformarán las diversas realidades nacionales hombro a hombro con el ingenio y el talento de los estudiantes. Lo contrario es pérdida de tiempo o nuestra contribución para la consolidación de la mengalocracia ilustrada o de la mediocridad garantizada.



Muchas gracias.

EL HUMOR GRÁFICO EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA

Ana C. Sánchez M.

La caricatura y la historieta, también conocidas como monitos en México, comics en Estados Unidos, tebeo en España, fumetti en Italia, bande dessinée en Francia, quadrinho en Brasil o manga en Japón, constituyen uno de los medios expresivos más importantes de la cultura contemporánea.

La llamada CIVILIZACIÓN DE LA IMAGEN, nombre utilizado para referirse al universo comunicativo contemporáneo, es el resultado en gran medida del desarrollo y crecimiento de los medios de comunicación de masas. Las estadísticas han señalado que más del 80% de las informaciones que los seres humanos residentes en las ciudades reciben, lo hacen por medio de la vista y el 94% por mecanismos de percepción audiovisual. La cultura occidental actual es, fundamentalmente, icónica.

La imagen es el soporte de la comunicación visual y es el componente central de los medios de comunicación de masas. Esto conlleva un énfasis y una priorización de los elementos impuestos por la imagen: lo inmediato y su apariencia de reflejo especular de la realidad. La imagen aparenta duplicar la realidad y con ello, confunde la realidad de la imagen con la imagen de la realidad. La imagen se constituye en una estrategia significativa y, por tanto, persuasiva, que oculta su condición de espejo deformante de la realidad.

Imagen ante todo, el humor gráfico distorsiona, sin embargo, los elementos que incorpora en la viñeta. A propósito, disloca las figuras, las desproporciona, las exagera e invierte y propone una metáfora visual —ética y estética— que intenta revelar, desnudar la realidad que representa, visibilizar lo invisibilizado. En tanto juego, en tanto imagen lúdica, se sustrae del mundo real, de la vida cotidiana, no para escapar de ellos, sino para retornar desde su mundo lúdico, desde su conciencia de juego, de su hacer creer como si... de simple representación. En tanto juego, remite al tiempo de la recreación y se ubica en el espacio de la diversión, el del placer. Con su(s) viñeta(s), encierra al lector en un tiempo y un espacio específicos, y le exige jugar con sus reglas, dentro de su orden, su ritmo y su armonía; esto es, de su estética. Al igual que el disfrazado, el humor gráfico juega a representar, a re-producir, a figurar la vida, a ser ella. Y lo hace desde el humor, pero con seriedad. Con entusiasmo y humor, expresa su idea de la vida y al hacerlo, la juzga, la desafía, la devela. En su famoso estudio sobre el juego, *Homo ludens*, Johan Huizinga ha afirmado:

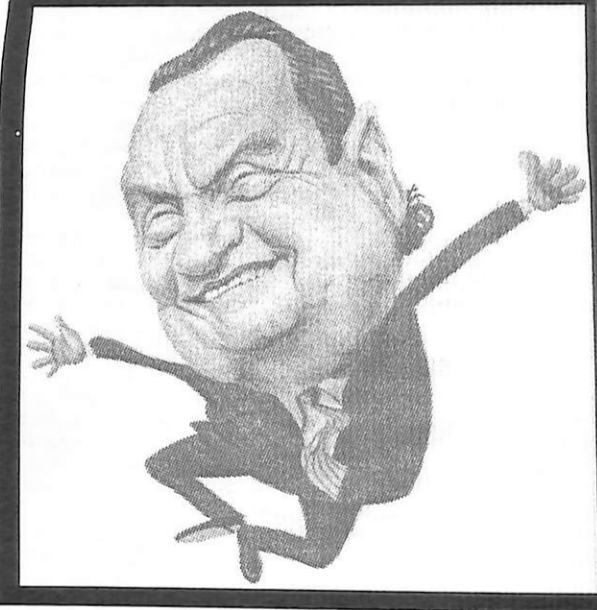
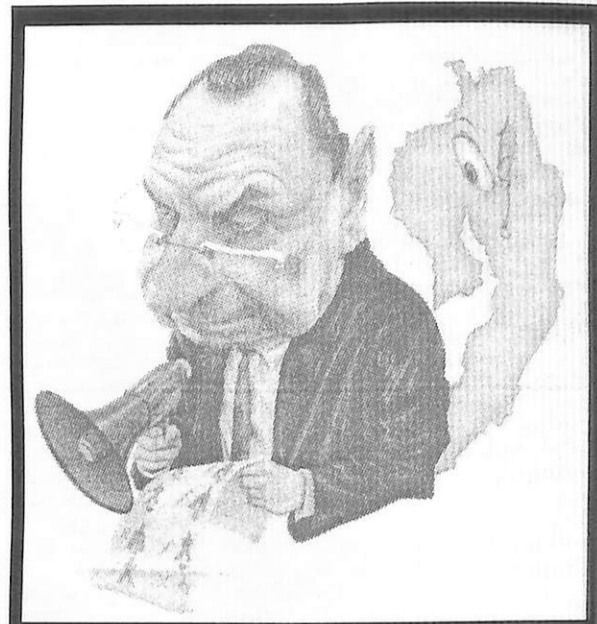
El niño juega con una seriedad perfecta y, podemos decirlo con pleno derecho, santa. Pero juega y sabe que juega. El deportista juega también con apasionada seriedad, entregado totalmente y con el coraje del entusiasmo. Pero juega y sabe que juega. El actor se entrega a su representación, al papel que desempeña o juega. Sin embargo, "juega" y sabe que juega. El violinista siente una emoción sagrada, vive un mundo más allá y por encima del habitual y, sin embargo, sabe que está ejecutando, como se dice en muchos idiomas, "jugando". El carácter lúdico puede ser propio de la acción más sublime (1984: 32).

Utiliza la risa, también la sonrisa y la carcajada, como mecanismos de sanción social, de transgresión, de ruptura de la lógica y el racionalismo occidental, de sacar el enojo a flor de piel, de hacer sentir la angustia detrás de la risa, de buscar la corrección de conductas individuales, pero sobre todo sociales. Sigmund Freud ha señalado que el humor es un modo muy serio de expresar lo prohibido y lo censurado. *El humor en nuestra sociedad* —afirma José Palomo— es como la poesía para la República de Platón, una amenaza, por su capacidad distorsionadora del discurso, del lenguaje. Originada en el texto, la risa desemboca en el extratexto, en la realidad, desestabilizando el orden establecido, la autoridad y el poder, rompiendo sus dicotomías: lo lógico y lo ilógico, lo sagrado y lo profano, la verdad y la mentira, lo real y lo irreal, el ser y el parecer. Acto de plena libertad que escapa a todo tipo de coacción, la risa es una forma subversiva, absolutamente prohibida en las sociedades autoritarias y despóticas. El caricaturista nicaragüense Róger Sánchez ha señalado:

No hay mecanismo más desautorizador para el exponente más serio, para el militar más elegante, o para el presidente más solemne, que una carcajada o una sonrisa cínica. Es la manera con que uno lo hace bajar de su pedestal para ubicarlo en un mismo plano y así confrontarle su absurdo y sus barbaridades (CIESPAL 1990: 94).

Desenmascarando la apariencia, la inconsistencia entre lo que es y lo que pretende ser, esto es, evidenciando su contradicción, la comicidad se funda en la desvalorización de aquello que pretende ser profundo, pleno, elevado, noble o rico, siendo superficial, vacío, mezquino, vulgar o pobre. Aunque la risa sólo se genera cuando el receptor se siente a salvo (convencido de su salud mental, ríe con los relatos de locos o seguro de su condición étnica, con los chistes racistas), lo cómico es siempre un arma poderosa y temible que pone en su justo lugar lo que ha asumido un valor mayor que el que posee realmente. *La risa*, dice Bergson, es un gesto social que inspira temor (... algo humillante siempre para quien la motiva, es verdaderamente una especie de broma social pesada (1962: 103).

Desde la ironía, profundamente enraizada en la vida y el habla latinoamericanas, ejerce su crítica, sutil pero profunda, intelectual más que afectiva. Disimulada, clandestina, la imagen irónica dice más de lo que dice, o dice menos que lo que piensa. O más bien da un rodeo para afirmar lo que en el fondo niega: el vicio, la mediocridad, el error, la vanidad, la fanfarronería o la inmoralidad, tal y como afirma el historiador del arte Adolfo Sánchez Vázquez en su estudio sobre lo cómico (1992: 241). Por ello, no es despreciable el efecto de la caricatura en la opinión pública. Al arrebatarle la careta al gobierno y a los enmascarados con poder, al parodiarlos



—esto es, hablar con la voz del otro, la de la autoridad, y con la propia, la de la burla—, al manifestar su disconformidad y oposición —muy a menudo coincidente con las del pueblo— el dibujante debilita la simpatía del público por los representantes del poder y la aumenta por sus personajes.

Cuando, en 1988, Mafalda fue propuesta como Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires, el secretario de Cultura y el intendente porteño justificaron el proyecto aduciendo:

Mafalda simboliza lo mejor del espíritu de muchos jóvenes argentinos, que no se resignan a acatar el orden establecido y pretenden modificarlo y enriquecerlo con sus propias ideas. Mafalda hizo reflexionar muchas veces a sus lectores sobre la validez de los hábitos, creencias, prejuicios y lugares comunes, ayudando de este modo a construir una sociedad mejor. Mafalda sigue siendo, en la memoria colectiva de los argentinos, la chica preguntona, cuestionadora, irreverente e inesperada, que planteó en su momento tantos interrogantes molestos a la sociedad argentina (Martínez 1994: 1).

Unos años más tarde, en 1995, la ciudad de Buenos Aires consumó su homenaje a la pequeña y siempre viva Mafalda, al inaugurar una calle con su nombre en el barrio de Colegiales.

Ubicado en los medios de masas más como una forma de atracción y entretenimiento, en muchos casos, el humor gráfico ha sido un excelente instrumento crítico. Al respecto, Hugo Díaz Jiménez, el papá de la caricatura costarricense, ha señalado:

Dentro de la lucha contra la injusticia, la marginación, la corrupción, y en favor del apoyo a los trabajadores, es muy

gratificante saber que uno ha puesto su mejor esfuerzo, que ha aportado algo a esa lucha, aún sin saber en concreto qué es lo que se logra. Obviamente no critico a quien hace dibujos solamente para hacer reír, disfruto mucho el "humor blanco", sin embargo yo no podría ser un caricaturista sin compromiso (1994: 9).

Su objetivo ha sido denunciar lo mal hecho: los lobos disfrazados de políticos o la vagabundería del pueblo costarricense que ha obligado a la importación de mano de obra extranjera, pero también defender a los agredidos y explotados. Solidarizarse con quienes sufren o con aquellos que tienen méritos es otra de sus formas de crear opinión en el lector, y con ello, de educar al pueblo, destinatario privilegiado en sus trabajos. Con ingenio y humor, a través de sus trazos, el maestro Hugo Díaz da cuenta del dolor, la miseria, las angustias y alegrías, los sueños y esperanzas del pueblo y le tiende su mano al desvalido, al marginado, al triste. Pinta el alma nacional, lo cotidiano, lo marginado, al triste. Pinta el alma nacional, lo cotidiano, la historia costarricense y su memoria colectiva. En ellas, el hombre sencillo, el ama de casa y las niñas y niños tienen un sitio especial. Dándole voz al pueblo, prestándole su imaginación comprometida y comprometiéndolo con su propia realidad, don Hugo informa al lector, lo hace pensar, le ofrece su saber, para que exija el deber. Así, el Premio Pío Viquez —corolario a su labor periodística, a su vida, sus ideales y sus luchas— llega al pueblo para quedarse con él. Para subrayar la importancia de sus anhelos, de sus frustraciones, de sus esperanzas, pero también de sus derechos; para revalorizar las costumbres, lo cotidiano, la sabiduría popular, los mitos nacionales, para rescatar a Juan Santamaría, nuestro héroe y enfatizar con él, una versión de la realidad alejada de la propuesta extranjerizante y hegemónica de la industria cultural; para rescatar y resemantizar las tradiciones, la herencia cultural, amenazada en la actualidad por los medios electrónicos de comunicación; para reafirmar en última instancia, la identidad nacional y las identidades culturales.

En la actualidad, la risa se ha convertido en una necesidad, en una terapia psicológica colectiva. Ligada a la disminución de la tensión y a la sensación de seguridad, la risa se ha transformado en un instrumento esencial en la salud mental y física. *Un corazón alegre hace tanto bien como la mejor medicina* —afirma un viejo refrán. Investigaciones recientes establecen estrechos vínculos entre el sistema inmunológico y el estado mental, entre los pensamientos positivos, el buen humor y las defensas del organismo, entre la risa y la generación de cambios biológicos que mejoran el sistema inmunológico. *La risa puede disparar las endorfinas, que son los analgésicos que produce el cerebro (...)* puede regular el ritmo cardíaco y bajar la presión arterial —asegura el Dr. William Fry de la Universidad de Stanford (Ross 1999: 10/En forma). En la actualidad, el humor se reafirma como un signo de vida, como afirma el caricaturista chileno Hervi, en un mundo que se presenta sumamente negro para el pueblo (CIESPAL 1990: 92). Reírse o morir, reírse de la muerte, distanciarse de ella para poder reír es, de alguna forma, vencerla. Es derrotar la tristeza y el dolor, la propia tragedia. El escritor francés André Maurois ha dicho que *los pueblos ríen de lo que temen y de lo que admiran más*.

Lo cómico asume su valor social, no sólo por cuanto la sociedad determina sus manifestaciones, sino por cuanto se realiza desde una determinada posición social e ideológica. Como afirma Mijail Bajtin en su estudio sobre la cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento, la comicidad es un patrimonio de la cultura popular. Es en las calles y plazas, en los festejos carnavalescos, en el habla popular, en las fiestas, ceremonias y ritos de la vida cotidiana —en los populares y públicos, no en los oficiales—, donde lo cómico es vivido con toda intensidad y libertad. Por el contrario, la seriedad —y la solemnidad que entraña— es un rasgo característico de la clase dominante y, por consiguiente, de la cultura oficial; es el parapeto de su legitimidad.

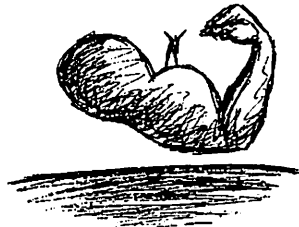
Yo entiendo —afirma Hermenegildo Sábat, el dibujante argentino— *que para ejercer el trabajo (de caricaturista), hay que estar distante del poder, no por el hecho de que uno se sienta juez de los semejantes y que uno tenga que estar lejos para tener una mejor percepción de lo que acontece, sino porque el humor que es el motor que hace trabajar nuestra imaginación se deteriora cuando se acerca al poder. El poder generalmente no tiene sentido del humor y ya hace muchos años que hay poderosos que han dado testimonio de su falta de humor, incluso por qué no decirlo, de su mal humor...* (CIESPAL 1990: 97).

Así, las obras de los grandes maestros del humor y la sátira: Francois Rabelais, Miguel de Cervantes, Honorato Daumier, José Gadelupe Posada, Bernard Shaw, Charles Chaplin, Juan Bautista Molière, Francisco Goya, se acercaron más a la cultura popular que a la oficial y se convirtieron en auténticas protestas, herramientas propicias para socabar los cimientos de lo establecido.

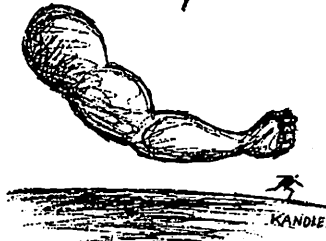
Al distorsionar la realidad, el humor gráfico también evidencia su condición de imagen, esto es, pone de manifiesto el proceso de construcción y la funcionalidad de las imágenes que constituyen los discursos visuales del universo comunicativo contemporáneo, muestra las mediaciones existentes entre ellas y la realidad. En vez de aliarse con el poder constituido y reafirmar el pensamiento hegemónico, su sentido de la verdad, sus estereotipos y prejuicios, en vez de convertirse en una imagen cliché, la caricatura y la historieta críticas se convierten en una forma privilegiada de revelar la realidad, de desmitificarla, de evidenciar sus disparates, disvarios y excesos, sus contradicciones e incongruencias. Al exagerar los objetos o los seres conocidos, al transmutarlos en una imagen inverosímil y absurda, en una imagen humorística, al darle espacio al sinsentido y a lo inesperado, evidencia que en tanto



El poder del ejercicio



El ejercicio del poder



imagen, no es una copia de la realidad y que, tal vez, ninguna otra lo sea.

Relacionadas con los medios de comunicación de masas, la caricatura y la historieta tienen su lugar privilegiado en la prensa. Es a través de los diarios y semanarios que se inscriben en la historia cotidiana, que prolongan su existencia en la memoria colectiva de los pueblos que las leen y, que al hacerlo, las disfrutan. Impregnada de juego, la caricatura se alía al placer que provoca. *El gozo —dice Huizinga— inseparablemente vinculado al juego, no sólo se transmite en tensión sino también en elevación. Los dos polos del estado de ánimo propio del juego son el abandono y el éxtasis* (1984: 35).

En tanto periodismo en imágenes, la caricatura y la historieta son formas de interpretar la realidad, son lecturas actuales, siempre vigentes, del acontecer social, político, económico y cultural del país, ciudad o continente en que se producen. En tanto periodismo en imágenes, informan, pero sobre todo, persuaden y crean opinión. Fuente de información, es, sin embargo, un testimonio que, al encarnar intereses definidos, busca provocar afectivamente al lector, transformarlo en su cómplice. Es un clamor dibujado, un grito y a veces, un alarido que busca provocar al interlocutor. Conmociónarlo, irritarlo, incitarlo. *El hombre no tiene dientes de león, pero muerde con la risa, ha dicho el poeta francés Charles Baudelaire.*

El historieta costarricense Fernando Zeledón Guzmán (Ze), creador de la sección *La Semana en Serio* publicada en el semanario *Adelante* durante diecisiete años, ha manifestado:

La caricatura política es una contribución para elevar la conciencia de la gente. Yo no tengo otra forma de hacerlo, no soy político ni sé dar discursos políticos, soy medio zopetas. Esta es la trincherita que yo escogí, para disparar los balazos que puedo tirar. Yo hago la labor de un mosquito, que no puede detener la locomotora pero sí al conductor. Esa es mi labor, joder al conductor (Adelante 1990: 8).

Constitutiva de géneros periodísticos importantes —entre ellos, el editorial—, privilegia la oralidad y revaloriza una forma de expresión durante mucho tiempo considerada propia de civilizaciones primitivas. Al legitimar la comunicación icónica como un modo de registro de la memoria, el humor gráfico pareciera configurarse como una forma de ruptura y un punto de encuentro. En tanto periodismo en imágenes, la caricatura y la historieta le permiten a los analfabetos excluidos por la escritura alfabética acceder a ella. Frente al alfabeto convertido en un instrumento de poder, se convierten en una forma de comunicación más democrática. Al incorporar códigos distintos (el icónico, pero también el lingüístico y el tipográfico), propone la convivencia de códigos escriturales múltiples y rescata el equilibrio entre escritura y oralidad, entre palabra escritural y palabra viva. Así, se comporta como una síntesis de las distintas formas de comunicación social —de diálogo— existentes: la oralidad, la escritura, la imprenta —propia de la sociedad industrial y profundamente relacionada con su

nacimiento— y finalmente, las telecomunicaciones, ligadas a la sociedad informatizada.

Frente a la voz hegemónica de los diarios, la caricatura crítica latinoamericana propone la voz alternativa de los personajes del pueblo para informar criticando y persuadir divirtiendo. Frente a la voz hegemónica de la industria cultural del cómic estadounidense o el manga japonés, propone la conciencia de las diferencias culturales, en la que el diálogo y el respeto son primordiales. Frente al ámbito de la manipulación, propone el de la participación, al favorecer el intercambio de opiniones y darles voz a los silenciados en los procesos de comunicación social: a quienes no tienen acceso a ellos.

Entre 1995 y el año 2000, el diario *Al Día* (Costa Rica) publicó en su edición dominical el suplemento humorístico *La Zompopa*. Concebido para *levantar roncha*, su personaje (una zompopa, una hormiga grande y roja, de cabeza abultada y lengua viperina), se alimentó con la sangre de los políticos, los personajes públicos y los del fútbol. Inscrita humorísticamente dentro de la figura del Defensor Adjunto de los Habitantes —figura creada en 1992, como parte de la Defensoría de los Habitantes de la República—, la popular Zompopa educa al lector por encima de la llana diversión: lo informa sobre el acontecer nacional y sobre sus derechos e intereses. En tanto órgano encargado de proteger y divulgar los derechos e intereses de todas las personas que habitan en territorio nacional —hombre o mujer, mayor o menor de edad, nacional o extranjero—, así como de velar por el buen funcionamiento de los servicios del sector público, la Defensoría —y la Sala Cuarta, creada en 1989— es una instancia ubicada en el sector informal de la administración de justicia, fortalecedora de los derechos civiles y de la democracia participativa.

Asociada con la figura del Defensor Adjunto, la Zompopa se ve impelida a asumir las funciones propias de la Defensoría, lo que la convierte en una forma de comunicación —masiva, por excelencia— entre los habitantes y el Estado. Como Defensora Adjunta, este popular personaje recibe quejas, reclamos o denuncias de los afectados. Al prestarles su voz para que la queja llegue a oídos de muchos —involucrados o no, interesados o no en el asunto—, guarda el secreto de su identidad, pero subraya las irregularidades y los atropellos cometidos por la administración pública.

Con una gran riqueza de posibilidades, desde el trazo sencillo y estilizado hasta la propuesta barroca y preciosista, o a partir del montaje, el collage o de su diseño electrónico por medio del computador; en acuarela, en pastel, en tinta, lápiz, témpera o carboncillo, la caricatura es mosaico de figuras, es juego de formas y palabras. Metáfora visual estética, arte gráfico que combina el código icónico con el lingüístico, a partir de una gran variedad de estilos, formas y lenguajes, de manejo de líneas, volúmenes e inclusive colores, la caricatura es, sobre todo, una forma de periodismo en imágenes.

Por ello, en la era de la comunicación audiovisual, su función sigue siendo subvertir la imagen evidenciando su carácter especular y propiciando un conocimiento de la realidad más allá de la historia oficial. (Como forma artística, insinuar y sugerir, más que decir, constituyen los mecanismos que le permiten burlar los controles establecidos). Fusión extraordinaria de humor, comunicación

y arte, es una síntesis privilegiada que genera un proceso activo en el espectador, que lo lleva a interpretar sus sentidos y a asumir una posición. Dirigida al intelecto y a la emoción, la fuerte función apelativa que ejerce a partir de su difusión masiva, favorece su impacto sobre la vida familiar, el tiempo libre, la educación no formal, los procesos políticos y culturales. No hay percepción que no sea significativa.

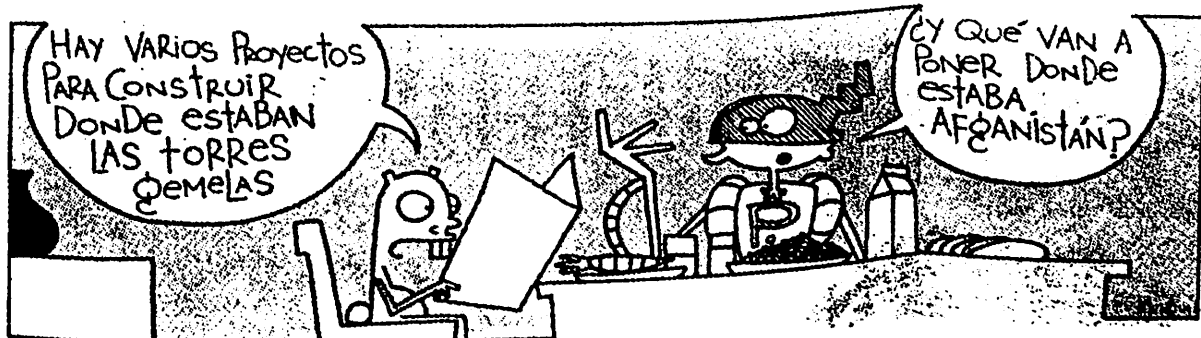
Al servicio de un humanismo, cuyo núcleo fundamental es el ser humano integral, el *hombre real* proclamado por el maestro José Martí, la caricatura le abre espacio a mujeres y hombres para que conozcan el mundo, lo interpreten según sus valores e inicien su modificación. La caricatura le abre espacio a la alternativa, a la opción, y con ella a la utopía, la que quizá algún día se convierta en realidad.

El humor, al fin y al cabo, es un camino al humanismo...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adelante. "Ze y Sierra: política y humor". N.º 144, 12-18 de octubre de 1990, 8.
- Bergson, Henri. *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico* (1939). 4ª edición. Buenos Aires: Editorial Losada, 1962.
- CIESPAL. *Caricatura*. Quito: Editorial Quipus, 1990.
- Díaz Jiménez, Hugo. *Díaz todos los días*. San José: Editorial El Bongo, 1994.
- Huizinga, Johan. *Homo ludens* (1954). Traducción de Eugenio Imaz. Primera reimposición. Madrid: Alianza Editores, 1984.
- Martínez, Ezequiel. *Mafalda: la genia del genio*. En Clarín, 2 de octubre de 1994.
- Ross, Marjorie. *Morirse de risa para vivir mejor*. La Nación, 10 de junio de 1999, 10/En Forma.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *Lo cómico*. En *Invitación a la estética*. México: Editorial Grijalbo, 1992.
- Zunzunegui, Santos. *Pensar la imagen*. 4ª edición. Madrid: Ediciones Cátedra, 1998.

(Las caricaturas que ilustran este artículo fueron tomadas de La Nación)



TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL:

Dr. Carlos Araya Guillén. Vicedecano del Centro de Estudios Generales.

Profesor: Alfonso Chase Brenes. Escritor. Premio Magón, 1999.

Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz. Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Victor Hugo Navarro

UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

Los medios de comunicación están dentro de un eje central determinado por nuestro tiempo, dominan, diversifican, divierten o producen seriedad en el entretenimiento y en la contemplación necesaria y plasman principalmente en los educandos la permanencia de su mensaje.

El aprendizaje se hace por la imagen, que es positivamente algo que queda en la visión o percepción intelectual. La imagen crea la conciencia del juego en situaciones actuales: se hace en la crítica improvisada, en un lenguaje asequible se compromete con lo social, lo político, la burla, el escarnio, lo efímero; despierta el inquietante mundo que no vemos. En el fondo reímos de las debilidades propias o ajenas, a pesar de los trucos o paradojas de la civilización o de la historia oficial. El ingrediente de la imagen es la permanente respuesta ante los cambios o retos del futuro.

El humanismo es el quehacer en que el hombre advierte su presencia en el mundo conflictivo. Al fin, el sentido último del humanismo es mejorar al hombre, que crezca fervientemente a su destino, postulado por la educación conveniente. La convivencia, las exclusiones de todo género, el desarraigo y aun la identidad, son elementos esenciales en una tarea acuciante ante las crisis de la comunicación global. El diálogo abierto a la comunicación hegemónica en la sociedad informatizada es abrir los espacios a las inquietudes esperanzadoras del individuo en tiempos de la imagen como soporte de la realidad. Rescatar los mitos de la tradición, destinar un objetivo gráfico a corregir lo mal realizado en la política, la cultura, el gobierno... es educar en el humanismo. Así la imagen icónica es importante: fluye en la transformación radical de una sociedad para que sea libre de formas ideológicas perturbadoras ajenas a nuestro pensar latinoamericano.

En otro aparte, la conferencia sobre humanidades del Dr. Pazos es una muestra de vitalidad y de puntualidad en el quehacer académico de nuestro tiempo.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

Ilustración de portada: "Unicornio azul", de Mario René Madrigal Arcia (nicaragüense), acrílico sobre tela, 1998.